

Cumplimiento de los criterios de manejo forestal sostenible: reto para profesionales forestales

Kari Leppänen

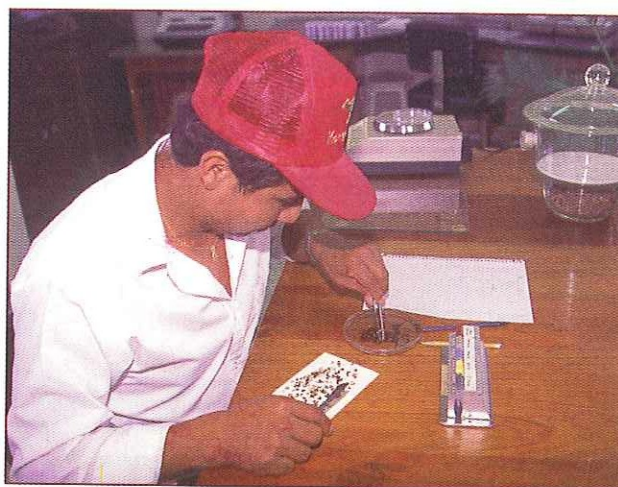
Durante los últimos años, desde el establecimiento de la Agenda 21, los gobiernos acordaron emprender, en conjunto con grupos interesados, la formulación de criterios y pautas para el manejo, conservación y desarrollo sostenible de todos los tipos de bosques.

En América Central, el proceso para el establecimiento de criterios e indicadores de sostenibilidad se empezó a desarrollar con el apoyo de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación (FAO).

En enero de 1997, convocados por el Consejo Centroamericano de Bosques y Áreas Protegidas (CCAB-AP), se reunió en Tegucigalpa un grupo de expertos forestales y ambientales de diferentes lugares de América Central y del mundo, para definir los criterios que regirán el manejo forestal sostenible de la Región. En ese foro, se definieron cuatro criterios de manejo forestal sostenible con sus respectivos indicadores: 1) existencia de un marco jurídico, político, institucional, técnico, económico y social que garantice y promueva el manejo sostenible y la conservación de los bosques; 2) la conservación y mantenimiento de los servicios ambientales de los ecosistemas forestales; 3) mantenimiento de la capacidad productiva de los ecosistemas forestales; y 4) mantenimiento y mejoramiento de los beneficios sociales, económicos y culturales de los ecosistemas forestales para atender las necesidades de los diferentes grupos humanos.

Estos criterios reconocidos mundialmente, formarán parte de un Protocolo firmado por los presidentes de América Central, por lo que su cumplimiento representa un fuerte compromiso por parte de los directivos de las organizaciones forestales de la Región.

En ese sentido, este artículo presenta una breve reflexión sobre las necesidades de los profesionales forestales para asumir el reto planteado.



El profesional forestal no sólo debe ser capacitado para medir árboles, sino para comunicarse y entender la realidad campesina. (Foto: A. Vera).

Enfrentar el reto

Una rápida revisión a la formación forestal en la Región, establece el hecho de que no se están produciendo cuadros preparados para asumir estas responsabilidades; se requerirá de fuertes iniciativas por parte de todas las instituciones involucradas para desarrollar la capacitación complementaria que actualice la formación forestal.

Si el profesional forestal no puede promover ni velar por estos criterios, las organizaciones involucradas tendrán que contratar otros profesionales para estos fines tales como biólogos, sociólogos, antropólogos y abogados, volviendo al círculo vicioso de que los forestales están perdiendo el campo.

Un análisis de la historia del sector forestal, puede ampliar el presente planteamiento. La historia se puede separar en tres épocas los años 70, finales de los 80 y los 90.

La primera época se caracterizó por la existencia de pocos usuarios del bosque, con suficiente madera para satisfacer las necesidades de cada uno de ellos, por lo que los bosques se trataron como minas eternas. En esta época se desarrolló eficientemente el aprovechamiento y se mejoró también el rendimiento de los procesos de conversión, aunque la motivación no era la sostenibilidad de los bosques, sino el hecho de generar una mayor ganancia para la inversión realizada en el aprovechamiento de una troza.

Posteriormente, en la segunda época, debido al crecimiento poblacional, surgió la preocupación por el acelerado deterioro del recurso forestal lo que provocó un fuerte desarrollo de metodologías y tratamientos silviculturales y de mejoramiento del bosque.

En este período se establecieron grandes plantaciones, a veces con especies importadas y sin pensar mucho en el uso final de las mismas. Hacia finales de esta época se enfatizó en aspectos ambientales, situando a la flora y fauna como eje central del desarrollo.

En el tercer período, cuando finalmente se reconoció que la deforestación continuaba, aunque se hicieran esfuerzos masivos de reforestación, y que las declaratorias de áreas protegidas no garantizaban la conservación de las mismas, se comenzó a ver al bosque y la producción forestal en función del aspecto humano.

Los bosques productivos, así como la mayoría de áreas protegidas, pueden existir solamente cuando producen a la población servicios y productos mayores en valor, que otros usos de la tierra. Este aspecto ha cambiado total-

mente el enfoque de la ciencia forestal, ya que lo más importante es considerar la participación de la población local y valorizar los múltiples beneficios del bosque para diferentes usuarios.

Los críticos del sector forestal argumentan que todo lo que se ha hecho con los bosques ha sido siempre erróneo. No obstante, las tendencias de los años pasados han sido bien justificables en su tiempo; lo que se puede cuestionar es que el sector forestal ha sido muy lento en la implementación de los cambios.

Las tres épocas anteriormente descritas, se reflejan también en el desarrollo de la educación forestal:

En la primera época, la educación era predominantemente técnica; los títulos de técnico o ingeniero forestal otorgados en esos tiempos, son claros indicadores de la formación hacia lo técnico, estadístico y medible. En la segunda época, la educación forestal se amplió a contenidos biológicos y en la tercera, se atendió a las iniciativas mundiales y regionales que definen los criterios de manejo sostenible, o sea, se tendría que formar una fuerte base con elementos técnicos y biológicos pero con énfasis en aspectos sociales y económicos.

En este momento se cuenta con elementos considerables para que los profesionales forestales puedan responder a los criterios relacionados con la capacidad productiva y servicios de los bosques; sin embargo, se requiere de mayor atención en los aspectos de beneficios sociales para atender las necesidades de los diferentes grupos humanos, como lo plantea el cuarto criterio formulado en la reunión de expertos.

El problema es que el currículum forestal no se desarrolla paralelamente con respecto de los cambios en el sector en general. No se conoce un caso donde la educación forestal haya previsto cambios en el enfoque del sector y adecuado los programas de educación con suficiente anticipación para que los graduandos estén listos para los retos futuros. Por ejemplo, actualmente, el cambio a forestería social ya ha sido reconocido en todo el mundo pero las escuelas y universidades forestales siguen con su curricular técnico-biológico.

Este factor que afecta la calidad de la formación, tiene mucho que ver con el problema general del sector forestal: en el mundo, el sector forestal y sus profesionales son reconocidos como conservadores, lo que no es totalmente negativo, porque seguramente gracias a ello se ha protegido al sector de cometer algunos errores graves. Sin embargo, un profesional forestal tendría que ser formado con una visión futurista, ya que diariamente tiene que tomar decisiones cuyos resultados sólo se pueden medir después de una rotación, lo que puede significar un lapso de cincuenta años. Un agrónomo puede reconsiderar sus decisiones anualmente si es necesario, pero un profesional forestal no.

Por esta razón, es necesario tener una idea muy clara sobre el programa de estudio para crear un nuevo profesional forestal. No con miras al 1998, ni al 2002, sino más bien para el 2010, cuando los egresados estén trabajando en su plena capacidad y en posiciones donde ellos realmente puedan introducir el cambio.

Adecuándose a la realidad

Respecto de la cantidad de profesionales forestales, los planes futuros del sector forestal indican una gran demanda de profesionales en América Central. La ejecución de los programas forestales contenidos en los Planes de Acción Forestal de los siete países de la Región, formulados a inicios de la década, demandan para el 2 000, unos 2 500 profesionales más, de los cuales 1 727 serían técnicos medios y 523 profesionales.

Sin embargo, la realidad es muy diferente: por ejemplo, el Instituto Nacional Técnico Forestal (INTECFOR) de Nicaragua, no abrió el nuevo curso de técnicos forestales en 1997, ya que la mayoría de sus egresados están desempleados.

En ese sentido, es necesario considerar que por su naturaleza estos Planes de Acción Forestal son formulados sobre supuestos muy optimistas, si todo sale muy bien y si todos los proyectos que se presentan en los planes logran su financiamiento e inician operaciones, se va a necesitar el número indicado de profesionales forestales.

Por otro lado, los Planes de Acción Forestal tienen razón, porque sí existe gran potencial de trabajo en el sector forestal. Un ejemplo es que actualmente en Honduras, existen cinco millones de hectáreas de bosque. Si se pretende que todos los bosques estén bajo plan de manejo y este dura aproximadamente cinco años, anualmente se tendría que hacer un plan para un millón de hectáreas. Si un profesional forestal puede planificar aproximadamente 10 hectáreas por día (incluyendo el trabajo con mapas, trámites y otros) y trabajara

200 días por año, significa que Honduras tendría que tener unos 500 profesionales solamente para hacer planes de manejo a tiempo completo, sin considerar los planes operativos y su implementación donde se ocuparía mucho más mano de obra profesional.

Esto significa, que el campo para los profesionales forestales es amplio, solamente que el profesional mismo tiene que encargarse de promover la forestería como una actividad rentable para los dueños de bosque.



Es necesario que las instituciones de enseñanza desarrollen planes de estudio que actualicen la formación forestal en relación con los nuevos criterios de manejo. (Foto: A. Vera).

En Finlandia, por ejemplo, si un campesino quiere vender su bosque, es bien común que el comprador sea el técnico forestal local. No es que el técnico disponga de mucho dinero en su bolsa, pero tiene la confianza en el sector forestal y en su profesionalismo, y consigue el dinero que necesita para iniciar su proyecto. Este tipo de iniciativa le hace falta al profesional forestal centroamericano, debido, en parte, a su educación forestal carente de elementos para la gestión empresarial.

Naturalmente, en el caso de América Central, existen otra serie de factores que considerar en cuanto a la seguridad para la inversión en el sector forestal: tenencia de la tierra e incendios forestales, por ejemplo. Pero que en alguna medida están cambiando en los últimos años.

Es decir, la cantidad de profesionales requeridos y la valoración de la profesión forestal puede aumentar en la medida que la calidad de la formación se oriente a un profesional con herramientas para valorar y lograr

que se valoren (a nivel político, institucional y público), los beneficios sociales y económicos que el bosque provee.

Una vez logrado esto, habrá una mayor garantía de que el profesional forestal pueda liderar la promoción del resto de criterios para el manejo forestal sostenible.

*Kari Leppänen
Asesor Técnico Principal
Programa Regional Forestal para
Centroamérica (PROCAFOR)
Apdo. 02 Siguatepeque,
Comayagua, Honduras.
Tel. (504) 73 0565/Fax: (504) 73 0444*